

El investigador no sospechaba de nadie...

TRES CRÍMENES y algo más

PERO LOS SOSPECHOSOS IBAN
MURIENDO, UNO TRAS OTRO

JUAN GARCÍA ORDOÑO



Ser investigador privado es difícil y peligroso. Serlo en México es casi un milagro. Y resolver un caso en el que se mezclan drogas, homicidio y pasión sólo es posible cuando a uno le importan los riesgos que surgen en el camino. Aparece en nuestro panorama un nuevo tipo de detective, el antihéroe cínico, despilfarrador, mujeriego, saleroso y que al parecer fue el último en llegar a la película. Juan Caballero Urrutia, investigador privado y absolutamente independiente, nos narra en este volumen la historia de algo más que tres crímenes. El detective mexicano, que nunca usa su descargada pistola pero que tiene un espíritu antinovelasco totalmente mortífero, se involucra en varios asesinatos, innumerables lances amorosos y tremendas situaciones éticas que mantendrán al lector atrapado hasta llevarlo a un final totalmente sorprendente. Juan Caballero Urrutia narra sin ambages algunos de sus múltiples «trabajos». Bicho raro en el zoo mexicano de los años noventa: aún no se corrompe... y sigue vivo.

Índice de contenido

Cubierta

Tres crímenes y algo más

I. 1.º de abril de 1990. Domingo

II. 2 de abril. Lunes

III. 3 de abril. Martes

IV. 4 de abril. Miércoles

V. 5 de abril. Jueves

VI. 5 de abril. Jueves, mediodía

VII. 5 de abril. Jueves, noche

VIII. 6 de abril. Viernes

IX. 6 de abril. Viernes, noche

X. 7 de abril. Sábado

XI. 10 de abril. Martes

XII. 11 de abril. Miércoles

XIII. 13 de abril. Viernes

XIV. 16 de abril. Lunes

XV. 17 de abril. Martes

XVI. 18 de abril. Miércoles

I

1.º de abril de 1990
Domingo

En este negocio existen buenas oportunidades para levantar billetes libres de impuestos. No tengo nada contra pagar impuestos. Estoy a favor de que todos paguen, incluidos los escritores, pues ¿por qué habrían de gozar de privilegios? Yo no los pago por razones obvias: es un dinero que no existe, pues nunca sale de alguna bolsa identificable. No extiendo recibo. ¿Qué diría? ¿«Recibí del señor Adalberto Lampérez la cantidad tal por confirmar que su mujer tiene un amante»?

Soy investigador privado. Mi campo de acción es la grandiosa ciudad de México y su zona conurbada. Mi trabajo consiste en seguir a mujeres hermosas que engañan a sus feos maridos, o me contratan mujeres feas para vigilar a sus guapos maridos. Los maridos pagan mejor que las esposas. Se demuestra que son más propensos al masoquismo. Pagan por saberse cornudos. Hay otros hombres que hacen perseguir a la mujer, vieja y cacheteada, no porque los puedan engañar sino para deshacerse de ella, con el menor desembolso posible. Son los que quisieran ser engañados, pero ya no se les hace. Algunas veces se trata de vigilar a los amantes y es cuando mejor la paso. También

busco niños extraviados y socios abusivos en negocios que no alcanzan a dar para dos.

Cuando un negocio da la oportunidad de ganar dinero, se vuelve difícil y peligroso. Ser investigador es difícil y peligroso. A pocos les agrada que se conozcan sus secretos.

Después de un asunto, corrupto como pocos, pude comprar un departamento en condominio, planta baja, en la avenida Revolución, entre Los Pinos y Mixcoac, zona de la capital donde lo mixto es permitido: casa habitación y despacho juntos. Cuando di el enganche estaban por terminar la obra negra; pude ordenar modificaciones: muros dobles, un pequeño sótano, lugares ocultos que resisten cateos de la tira y visitas de los ratones.

Acababa de estrenar mi departamento cuando otro asunto, con ganancias sustanciales y problemas con los judas, aconsejó a mi prudencia un alejamiento temporal. Viajé a Japón. Me interesé en la electrónica, porque pensaba continuar en la profesión. No estaba de más conseguir un equipo de espionaje moderno: cámaras, grabadoras, circuitos cerrados de televisión. Sobre todo equipo fácil de camuflar. ¿Qué mejor que esas maravillas, casi microscópicas, del ingenio japonés? Con dinero en efectivo y algunos tarjetazos de mi VISA, compré lo suficiente para llenar el sótano y los espacios ocultos.

Siento debilidad por las grabadoras, son un buen interlocutor para el que gusta de expresar sus pensamientos en voz alta. Lo hago con bastante frecuencia. Hablo con Dios. Es útil, porque me obligo a pensar despacio. Además, la grabadora no nos acusa de verborreicos.

Las grabadorcitas de cinta fueron colocadas en fila en uno de los espacios secretos. Sus micrófonos son puntos en cuadros de pintura china que decoran las paredes. El dispositivo de la puerta pone a funcionar la primera, no importa que llegue solo o acompañado. Tengo otros dispositivos. Existe otra grabadora normal, de cartuchos, empotrada en el muro y cubierta por un óleo que imita a la *Maja desnuda*,

de Goya, con la particularidad de que para el pintor posó la mujer barbuda. Esta última grabadora está al alcance de la tira, que al descubrirla ya no busca las pequeñas.

Conservo algunas historias no del todo acabadas y todo aquello que pudiera servirme cuando decida escribir mis memorias.

No, no soy escritor, pero sí esquizoide. La diferencia entre ambos es nomás paciencia. El esquizoide está mejor dotado. Los mejores libros apostarí que fueron escritos por tipos que lo son o que pasaron por largas etapas de esquizofrenia.

El primero de mis vicios es la bebida. Chivas solo, en las rocas, con agua natural o mineral. Mi segundo vicio son los libros. La recámara mayor es biblioteca y sí puedo afirmar que todos los que están fueron leídos por mí. Las mujeres ocupan el tercer lugar: exigen más. No es que den menos, sino que lo que dan no es tan importante.

La bebida me brinda seguridad, estimula mi sistema nervioso y me lleva a la laguna mental, que es el gran vacío de que hablan los budistas y otros chiflados. Gracias a la literatura sé que no soy el único loco en libertad.

Los domingos no salgo del departamento. Es día de lectura. Gervasio, portero y administrador del edificio, me acerca los diarios importantes. Echo un ojo a la nota roja. Después leo los suplementos culturales, donde los locos se apilan que es un encanto. La política me asquea, así la haga su Santidad y sus ministros. Después, un libro reciente, con buenas críticas de los especialistas. Los domingos me abstengo del Chivas. Tal vez no soy alcohólico.

Este domingo, 1.º de abril, terminé de leer *El péndulo de Foucault*, de Umberto Eco. No niego que necesité el diccionario, único libro que no he leído de cabo a rabo. Tampoco niego que desconozco, por odio personal, el itinerario de tantas sectas secretas.

Grabado está lo que pasó después de cerrar el libro. Serían las tres y media de la tarde. Teodoro Buenrostro lle-

gó a la casa, viejo amigo, alto, delgado, cabello pintado, cincuenta y ocho años, la camisa abierta dejando a la vista su depilado pecho y la cruz de oro y amatistas, de quince por diez centímetros. Ademanes exquisitamente afrancesados. Lo recibí porque es mi amigo y porque no tengo nada contra los maricones. Son tan necesarios como los nenúfares, la flor de loto o los claveles. Se veía apabullado:

—Me ayudas, Juan, o me asesino.

—Asesínate después de contarme, ¿sí?

—Estoy desolada, Caballero... Ay, mi amor, tienes que cambiarte ese apellido; nadie puede llamarse así, porque si eres un caballero resultas pleonasma, y si eres un hijín de tu putona madre, pues una paradoja.

Teodoro manoteaba y ponía los ojos en blanco.

—Calma, Teo, vayamos al grano. ¿Dices que estás desolado?

—Completamente.

—¿Volvió a dejarte Arturín?

—Sí, Juan, y hazme el cochino favor: me dejó por una mujer. Veinte años juntos y se larga con una mujer.

—¿Pelearon?

—Lo de siempre, tú. Rasguños y manazos, nada grave.

—¿Cómo te has portado? Me consta que eres coqueto y él celoso.

—No, ¿cómo crees?, ya me calmé.

—Está bien, ¿qué razones te dio Arturo?

—Eso es lo más horrible: ninguna razón. No quiere verme, me niega la palabra; si me ve en una banqueta se pasa a la de enfrente y me da la espalda. Ay, qué horrible es que te dé la espalda aquel que tú quieres por la espalda. Tienes que ayudarme. Habla con él. Estoy segura de que esa pinche vieja le dio un bebedizo.

—¿La conoces?

—Huy, sí, mucho. Era mi amiga. La ayudaba con sus gastos, pero qué quieres, las mujeres son veleidosas. Le hizo algo, de eso estoy seguro.

—Tal vez Arturo ha sufrido un cambio hormonal, Teo, se dan casos.

—Ni madres, Juanito, nada de eso. Él es macho, varón, masculino, aunque se oiga feo. Nomás nunca le gustaron las viejas, tú. Silvia lo embrujó.

—¿Silvia qué?

—Zamora.

—La conozco. Bailaba en el grupo de Amalia, ¿no?

—Hace quince años.

—¿Qué le has hecho, Teo? Pudiera estarse desquitando.

—Te digo que la ayudaba. Nunca le quité a ninguno de sus chavos, y no por falta de ganas. Los tenía de exposición, sobre todo aquel Leonardo Xavier, un cuadro, con unos ojotes verdes; pero no, no tiene nada de qué acusarme. Comprende, Juanito, a estas alturas no puedo quedarme sola.

—Teo, tú nunca estarás solo: tienes encanto, personalidad, relaciones y dinero.

—Pero es que no quiero putitos revoloteando a mi alrededor. A los quince minutos estoy sola de nuevo. Lo necesito a él, que lee mis pensamientos y adivina mis deseos. Regrésamelo y te doy diez millones.

—No es asunto de dinero, Teodoro, no contigo. Eres leal y reata. Si no es por ti, Guajardo me chinga aquella tarde.

—Ay, sí, qué viejo tan espantoso, polizonte tan polizonte. Hice lo que tenía que hacer por un cuate que es derecho.

—El maldito rompió tus porcelanas catalanas.

—Mis lladrós, sí, pero yo le eché sal a su carro. Ya verás como cualquier día se lo carga patas, Juancito.

—¿Crees en esas cosas?

—Creo porque sé, Juancho. Si yo te contara...

—Algún día lo harás.

—Llámale por teléfono, ¿sí?

—Dame el número.

Lo escribí en un papel. Tomé el teléfono. Marqué.

—Casa de Silvia Zamora.

—Soy Caballero.

—Eso dicen todos; no chingues, mano.

—Juan Caballero, Silvia.

—Ah, tú. Está contigo el puñal ése, ¿verdad?

—Te está oyendo, Silvia.

—Ni modo, ya me oyó.

—¿Qué te traes? Teo era tu cuate.

—Ya no lo es, ¡vaya!

—Pásame a Arturo, por favor.

—Mejor no, luego lo inquietas.

—Te digo que lo pases.

—Mejor le hablas otro día.

—Ahora, Silvia.

Pude sentir su temor y luego escuché: «Arturo, te hablan». Breve silencio. Teodoro tenía el rostro humedecido y el gesto dramático. Se pegaba al aparato innecesariamente.

—Aquí Arturo, ¿a qué se debe que el machote llame?

—¿No lo sabes?

—Mejor no lo sé.

—Arturo, hace años que nos conocemos y no acostumbro meterme en asuntos ajenos... sin un contrato, por supuesto.

—Lo sé, Juan, pero...

—Teo está conmigo, Arturín.

—Maldita puta...

—Maldiciones no, amigo. Los dos son hombres maduros, inteligentes y serios. No sé a qué vienen estas rabietas de adolescentes. Mira, si tienes una buena razón para dejarlo, dila... ¿Qué pasa ahora?

Dudó unos segundos:

—Juan, no conoces a esa... esa chantajista, eso es, chantajista. —Teodoro interrumpió:

—¿Cuándo, mi amor, cuándo te he chantajado?

Arturo, molesto, casi gritó:

—Cállate, chantajista; no estoy hablando contigo.

Teodoro se mesaba los cabellos ondulados, sedosos y platinados, mientras murmuraba: «No es cierto, no es cierto».

—Explícame eso del chantaje —le dije—. Te escucho.

—Está bien. Tú sabes que quiero a esa loca. Sabes cómo le aguanté sus infidelidades. En cuanto ve un muchachito se aloca toda. Cierto que hago mis berrinches porque no me gusta el papel de marido cornudo, pero seguía con ella. Desde que murió mi mamá no tengo adónde ir y de eso se aprovecha la maldita chantajista... Hace más de un año que lo viene haciendo, cada vez más en serio; tengo miedo, porque un día lo cumple...

—No entiendo, Arturo. ¿Cumple qué? ¿Viene haciendo qué?

—Amenazarme, caramba. Y tú sabes que cierto tipo de amenazas hay que tomarlas en serio.

—¿Te amenaza a ti con hacerte qué, Arturo?

—¿Eres tarado o qué, Juan? Me amenaza con matarse, asesinarse, dice ella. ¿Te parece bien eso, Juan?

—Claro que no me parece bien. Tienes razón. Eso es algo que no tienes que aguantar, amigo. Pondré en claro esta situación y después te llamo.

Colgamos. Teodoro se había derrumbado en el sofá esquinero. Cubría su rostro con las manos. Le serví medio vaso de whisky y me senté en el brazo del sofá. Puse una mano en su hombro. Se estremeció. Una de sus manos cubrió la mía. Habló lentamente:

—Le diste la razón, te pusiste de su lado.

—Tiene toda la razón del mundo, Teodoro. Me extraña que tenga que decírtelo. ¿Crees que es agradable vivir con un suicida?

—¡Pero no lo hago, Juan; no me he suicidado!

—Peor aún, Teo. Cada vez que lo dices es un paso que das. Lastimas a quien quieres. ¿En verdad quisieras matar-

te?

—Algunas veces sí, el deseo de morir es más fuerte que yo, pero soy una maldita cobarde.

—¿Amas a Arturo?

—Bien sabes que sí.

—No lo parece. No se atormenta al que se ama. Es crueldad, Teo; sobre todo ahora que sabes que él no tiene a nadie. ¿Por qué ese deseo de morir?

—No lo sé, te lo juro. Cualquier disgusto me deprime y entonces pienso en liberarme.

—¿Va bien el restaurante?

—Mejor que nunca. Las depresiones no son por dinero. Oye, algunas resentimos más que otras la menopausia. ¿Crees que debería ver al siquiatra?

—No estaría de más. De todas maneras, borra de tu vocabulario la palabra asesinate... La vida es de la chingada, Teo, para ti, para mí, para todos, pero es la única que tenemos. ¿Que envejeces? Todos envejecemos. Mira, Teo, alguien dijo que el suicidio es un derecho del hombre con letras mayúsculas, pero que nadie debía ejercerlo si aún le vivían sus padres o tiene hijos menores de edad. Yo añado que tampoco debe hacerse cuando tienes a alguien que te ame.

—Gracias, Juan, me salvas la vida. Te prometo ver al médico y nunca más hablar de ello.

No voy muy seguido a su restaurante porque me tratan excesivamente bien y no soy un gourmet ni un hombre dado a los placeres de la mesa. Además, nunca me cobra la cuenta. Esto me inhibe. Debo contentarme con cinco o seis Chivas, cuando mi medida es terminar la botella. Cinco vasos me proporcionan una cruda espantosa. En cambio, beber hasta la laguna mental no causa resaca en mi organismo. Tal vez se deba a mis pláticas con Dios.

Esa misma noche, Gervasio me llevó las dos cajas de Chivas que Teodoro envió. Arturo regresará con él. Seguirán rasguñándose y tal vez Teodoro vuelva a sus coquete-

rías. Espero que Arturo se haga el tonto. Es mejor un infiel que un suicida.

II

2 de abril
Lunes

El hombre es chaparro y fornido. Trae una gruesa esclava de oro y un anillo con herradura de brillantes. Nuevo rico, me dije. Ropa entre citadina y campirana: botas de media caña, pantalón de pana, camisa de vestir, saco a la medida, corbata a rayas rojas. En la cabeza, huellas del sombrero. Portafolios que deja sobre el escritorio, cerca de su saco. Sobaquera y pistola. Sus pequeños ojos me observan cuidadosamente.

—Jesús Lucrecio Díaz Montes, para servirle —me dijo.

—Mucho gusto. Juan Caballero Urrutia, a sus órdenes.

—Antier, sábado 31 de marzo, a las once de la noche, fue asesinado mi socio y cuñado, Antonio Leonardo Benavides. En todos los periódicos viene la noticia.

Me mostró *La Prensa*, abierto en las páginas rojas.

—Lo leí. La policía judicial ya maneja el asunto; no les gusta que los investigadores privados metamos las narices.

—A usted me lo recomendaron como discreto y digno de confianza.

—No comprendo cómo encajo en todo esto, señor Díaz.

Abrió el portafolios, tomó un grueso sobre y me lo entregó.

—Seis millones para comenzar.

Al descubrir su convicción, tuve que aclararle mis reglas.

—Antes de que hable más y pueda comprometerse, quiero que sepa que no soy un matón ni me alquilo para negocios claramente ilegales. Seis millones es demasiado para algo donde ya interviene la policía.

—Tengo miedo, detective.

—¿Miedo?

—Sí, de ser detenido.

—¿Mató a su cuñado?

—No creo que eso importe mucho en este país. El culpable será quien digan los perjudiciales.

—Se equivocó de puerta. No soy abogado, no puedo promover amparos, que es lo que usted necesita.

—Espere, espere. Escúcheme primero. Soy el sospechoso principal. El asunto lo lleva un tal Carlos Guajardo.

—Conozco a ese individuo.

—Mi cuñado murió en su casa de Tecamachalco, donde estaba solo. El chofer, la cocinera, esposa de éste, y una camarera fueron al cine, mientras Antonio esperaba a cierta gente. Es lo que los sirvientes declararon. Ahora, fíjese bien: los balazos entraron al cráneo por el lado derecho de su rostro, de modo que, si fue atacado de frente, el asesino necesariamente es zurdo. Yo soy zurdo. Los balazos fueron disparados a menos de medio metro.

—¿Dónde estaba usted?

—Tengo un pequeño rancho en Querétaro, El Lucero, en el municipio de Ezequiel Montes. Me acosté a las doce, pero no tengo testigos, porque los cuidadores duermen alejados de la casa principal. Ayer por la mañana estuve disparándoles a los tordos con mi treinta y ocho. Debo estar bañado en pólvora...

—Usted es un hombre rico, importante, puede contratar a los mejores abogados. No creo que Guajardo se atreva a «calentarlo» para que se declare culpable.